

---

## INOCENCIO III Y LA CUARTA CRUZADA\*

---

*José Marín Riveros\**

*Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile*

La Cuarta Cruzada (1199-1204) constituye, hasta hoy, un misterio historiográfico: todavía no es posible pronunciarse con certeza respecto de las causas de su dramático desenlace. En el presente estudio, se analiza el papel jugado por el papa Inocencio III, en un intento por dilucidar la responsabilidad que habría cabido a éste en los eventos de Zara y Constantinopla. Se incorpora además una amplia orientación bibliográfica para el tema.

*Palabras claves: Cruzadas, Inocencio III, Bizancio*



---

## INNOCENT III AND THE FOURTH CRUSADE

---

*The Fourth Crusade (1199-1204) has been, until today, a historical mystery because it is not yet possible to speak with certainty regarding the causes of its dramatic denouement. This study examines the role played on the Crusade by Pope Innocent III, in an attempt to clarify the responsibility that he would have in the events of Zara and Constantinople. It incorporates an extensive bibliographic orientation on the topic.*

*Keywords: Crusades, Innocent III, Byzance*

---

\* Doctor en Historia, Universidad de Barcelona, España. Miembro de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales  
e-mail: jmarin@ucv.cl

EN LA HISTORIA DE LAS CRUZADAS HAY DOS HITOS RECURRENTES y que sirven para ejemplificar las dos visiones extremas que existen acerca de ellas, ya sea que se las conciba, como señalara Sir Steven Runciman, como la más heroica y romántica empresa de la historia de la cristiandad medieval, o bien como simples incursiones de saqueo y conquista, como si se tratara de la última de las invasiones bárbaras. Me refiero a las dos cruzadas emblemáticas: primero, la Cruzada de 1095, proclamada por el papa Urbano II en medio del fervor popular y la única que alcanzó el éxito, y a la Cuarta Cruzada, la de 1204, que terminó en Constantinopla, claramente desviada de su cometido inicial. Una, a juzgar por la *Historia Anónima de la Primera Cruzada*, la más religiosa y espiritual de todas las cruzadas; la otra, aparentemente la más mundana, según se desprende de la lectura de ciertos pasajes de las fuentes occidentales (Villehardouin, por ejemplo), o de otros relatos provenientes del oriente bizantino (el cronista de Novgorod o Nicetas Choniates).

Steven Runciman se refiere a la expedición de 1204 como la «cruzada contra los cristianos», lo que ya suena escandaloso si se atiende a los orígenes y objetivos de las primeras expediciones, y la incluye en el capítulo de las «cruzadas descarriadas». Nada más cierto. Godfrey la llama la «cruzada no santa» «blasfema» o «perversa» –según se interprete el inglés *unholy*–, mientras Bartlett la califica de «cruzada impía» o «sin Dios» –*ungodly*– y Bradford la llama la «gran traición»; más recientemente Meschini ha hablado de la «cruzada inconclusa» –*incompiuta*–. Son todas calificaciones aceptables, lamentablemente: la Cuarta Cruzada efectivamente se abatió como una desgracia sobre los cristianos, totalmente desviada de su finalmente teórico propósito original, que claramente se pervirtió; dos ciudades, una pequeña en la costa dalmática primero y la capital del imperio bizantino después, sufrieron un inhumano saqueo que no tenía que ver con ninguno de los píos intereses de los primeros promotores de la Cruzada en 1199, con Tibaldo de Champagne a la cabeza, quien había logrado entusiasmar a un grupo de caballeros y luego al papa Inocencio III.

Hasta el día de hoy la Cuarta Cruzada constituye no sólo un oscuro episodio de la cristiandad medieval, aún no superado, sobre todo en el ámbito cristiano oriental, sino además un misterio historiográfico: todavía no es posible pronunciarse con certeza acerca de las causas que llevaron al dramático desenlace de la expedición. Pudo tratarse de un interés oculto desde un comienzo o al menos desde que los venecianos tomaron su control, o de una coincidencia fortuita de muchos elementos, entre los que se cuentan tanto factores religiosos como políticos o económicos. Para algunos, incluso, como el duque veneciano

Enrico Dándolo, la Cruzada era una oportunidad para saldar viejas disputas. El dogo tenía, literalmente, sangre en el ojo, aquél que había perdido años antes en una reyerta en la capital imperial, y que lo había dejado medio ciego. Es evidente que la responsabilidad de la expedición recae en sus dirigentes, y para los bizantinos uno de ellos era el papa Inocencio III, sindicado como el verdadero artífice de tamaño desastre. No obstante, a pesar de todo, no es tan fácil demostrar su culpabilidad. Revisemos con tal propósito algunos episodios de la Cruzada de 1204, sin quedarnos por cierto demasiado en los detalles.

Por lo pronto, y para ponderar de mejor manera el peso de los acontecimientos, y cómo éstos afectaron las relaciones entre latinos y griegos, es preciso recordar algunos hitos históricos, especialmente dos momentos relevantes: la toma y saqueo de las ciudades de Zara y de Constantinopla, así como el testimonio de los contemporáneos al respecto.

El saqueo de Zara, a fines de 1202, fue el primer capítulo funesto de la expedición, toda vez que se trataba de una ciudad cristiana. Los cruzados fueron convencidos por los venecianos –financistas de la cruzada– de atacar aquella ciudad de la costa dálmata, a cambio de un aplazamiento de las deudas contraídas y que agobiaban a los cruzados. Las aprehensiones del Pontífice romano, que había prohibido expresamente atacar tierras de cristianos, comenzaban a confirmarse dramáticamente, como apunta Queller.

Ya en camino desde Venecia, los cruzados sitiaron Zara y discutieron acerca de un posible asalto a la ciudad. Dice Villehardouin:

*Entonces se levantó un abad de Vaux de la orden del Císter, y les dijo: ‘Señores, os prohíbo en nombre del Papa atacar esta ciudad, pues ella es ciudad de cristianos y vosotros sois peregrinos’.*

La advertencia era clara, en cuanto recordaba que no es posible atacar a cristianos y, al mismo tiempo, el sentido más puro de la cruzada, al llamar a sus integrantes *peregrinos*. Con todo, los barones se decidieron por tomar Zara, lo que se hizo respetando la vida de sus habitantes, pero sometiendo a la ciudad a un saqueo inmisericorde. El Papa, al enterarse, hizo manifiesta su desaprobación, tanto así que los cruzados enviaron legados a Roma con el fin de conseguir su absolución –lo que, de paso, confirma una conciencia clara de que se había cometido un hecho pecaminoso–. Inocencio escuchó a los legados, quienes alegaron que sufrían necesidades –todo lo que tenían lo habían dado a los venecianos– y fueron finalmente perdonados.

*Y el Papa dijo a los mensajeros que él sabía bien que era por debilidad de los otros que habían sido obligados a actuar así, y que les tenía en gran piedad; y entonces envió su saludo a los barones y a los peregrinos y les dijo que los absolvía como a sus hijos y les mandó y les instó a mantener unido al ejército: pues sabía bien que sin este ejército el servicio de Dios no podría ser llevado a cabo...*

La expedición a Zara es significativa por diversos motivos. Por un lado, los barones, especialmente los venecianos, habían asumido de hecho el control de la cruzada, utilizándola para dar satisfacción a sus propósitos, a pesar de las buenas intenciones de Inocencio III; por otro, y relacionado con el punto anterior, las ambiciones terrenales ocasionaban no sólo disputas entre venecianos y francos a causa del reparto del botín, sino que también parecen imponerse sobre los intereses religiosos, esto es, liberar Tierra Santa. Además, fue en Zara donde se habría planeado el asalto a Constantinopla, es decir, donde se desvió definitivamente la Cuarta Cruzada, de la cual la toma y saqueo de la ciudad dalmática fue un nefasto presagio. Zara, disputada por Venecia y Hungría, era una posición clave en el dominio del Adriático; Constantinopla lo era respecto del Mediterráneo. Las ambiciones venecianas no parecían tener otros límites. La desviación de la Cuarta Cruzada ya era un hecho. Así, la expedición que había entusiasmado al Papa, y que buscaba llegar a Tierra Santa desde Egipto –socio comercial de Venecia– era ya un mero pretexto que ocultaba mundanos intereses y que tendría una funesta conclusión.

El siguiente paso fue, pues, Constantinopla. La cruzada contra los infieles se había transformado en una guerra contra cristianos, ya sea por la ambición veneciana, por una acción premeditada o, como también ha planteado la historiografía, por una conjunción fortuita de circunstancias, a saber: el rol de la Serenísima, la absolución del Papa que dejó de alguna manera en libertad de acción a los cruzados, el sentimiento antibizantino de hombres como el Dogo de Venecia, Enrico Dándolo, o la aparición en escena de un aspirante al trono bizantino, el futuro Alexis IV, apoyado por Felipe de Suabia, que solicitaba la ayuda de los cruzados para obtener el trono imperial en Bizancio, a cambio de la cual prometía la sumisión a Roma de la Iglesia de Oriente y ayuda militar y económica, haciéndose cargo de las deudas contraídas para financiar la cruzada. La favorable recepción de la oferta, especialmente por los venecianos, trajo nuevas disensiones entre los cruzados, algunos de los cuales fueron acogidos por el rey de Hungría, mientras otros se dirigieron a Siria, pero en un número tal que no podía garantizar éxito alguno.

Después de pasar por Corfú y Scutari, en julio de 1203, los cruzados llegaron por fin a Constantinopla. Tras un breve sitio, la ciudad capituló y los latinos pusieron en el trono a Alexis, junto a Isaac II Angel, todo lo cual –promesas de ayuda incluidas– no pudo evitar las disputas entre griegos y latinos ni el saqueo de buena parte de la ciudad. Las rivalidades entre cruzados y bizantinos, las ambiciones venecianas, las promesas no cumplidas, las intrigas palaciegas en Constantinopla con usurpadores del trono que se suceden uno tras otro agravando la situación, se sumaron para dar ventaja a los cruzados que, en 1204, terminan por tomarse la ciudad e imponer un emperador latino en la Capital Imperial. Ese fue el equívoco destino de la IV Cruzada, que culminó con la destrucción del Imperio Griego –cuyo emperador hubo de permanecer en el exilio en Nicea hasta 1261–, sin haberse siquiera aproximado a Tierra Santa. Un cronista ruso, presumiblemente testigo de los hechos, así como la *Devastatio Constantinopolitana* o los relatos de Nicetas Choniates y Villehardouin, nos hablan del oprobioso e inaudito saqueo de la capital imperial y del cuantioso botín obtenido. El saqueo de 1204, como dice Frolov, parece aún más impío si se toma en cuenta que se hizo bajo el signo de la Cruz.

Entre las riquezas obtenidas por los cruzados, merecen mención aparte las reliquias; en efecto, desde hacía mucho tiempo que Constantinopla no sólo era la más rica de las ciudades del Mediterráneo, sino también un infinito reservorio de las más veneradas reliquias de la Cristiandad: trozos de la Santa Cruz, la Corona de Espinas, Santa Sangre, la Columna de la flagelación, el milagroso ícono de san Lucas, tales eran, entre otros, los tesoros que se albergaban en las iglesias y en el palacio imperial de la capital. Y Constantinopla, recordémoslo, ya en el siglo VIII había sido incluida entre los *loca sancta* de la cristiandad, precisamente porque era, verdaderamente, una «ciudad-relicario». Así, tenemos un centro, Jerusalén, lugar santo por excelencia, a partir del cual se pueden trazar círculos concéntricos que se van ampliando paulatinamente, incorporando otros espacios a la noción de *loca sancta*, abarcando la tradición veterotestamentaria y neotestamentaria como también la propia historia del cristianismo. Así, desde el centro hierosolimitano demarcamos Siria, Palestina, Egipto y, también, la antigua Bizancio. Como decía, si la capital imperial podía gozar del estatus de lugar santo, lo era por sus reliquias, y se temía que ellas cayeran en manos de los turcos infieles; por otra parte, además, había quienes pensaban que la Iglesia Occidental debía tomar posesión de las reliquias porque los bizantinos ya no eran dignos de poseerlas. Así, aunque tenue en apariencia, un motivo religioso comparece en estos trágicos momentos. Las reliquias, que habían servido, a partir del siglo XI, de *excitatorium* a la guerra santa, a comienzos del siglo XIII pueden ser consideradas como la *excusatio* de una empresa militar. Podría así explicarse más claramente cómo fue posible que un puñado de caballeros fuese capaz de convencer a los cruzados de desviarse del objetivo primitivo, toda vez que se trataba de una multitud que no sólo podía ser bastante díscola como la experiencia había probado, sino que además poco podía entender de intereses políticos y económicos, pero que sí estaba inflamada de ardor religioso.

Inocencio III, tristemente célebre por estos acontecimientos, en realidad condenó la acción de los cruzados, tanto en Zara como en la misma Constantinopla. Incluso el Papa envió una carta al cardenal legado Pedro, que había liberado a los cruzados de la obligación de proseguir hasta Jerusalén, llamándolo al orden en duros términos por haber descuidado el principal objetivo de la cruzada haciéndose parte de la desgracia que se abatía entonces no sólo sobre Jerusalén sino también sobre Constantinopla; su deber, le dice vehemente-mente, era preocuparse de Tierra Santa y no de la conquista del Imperio de Constantinopla; le recuerda que, como su representante, fue enviado no para ganar riquezas temporales, sino eternas. El Papa, con meridiana y casi profética claridad, se queja en dicha carta pues cómo, en efecto, la iglesia griega va a aceptar la unión eclesiástica y la obediencia a Roma cuando ha sufrido tamañas aflicciones de parte de unos latinos que detestan más que a los perros. La aspiración al universalismo cristiano con centro en la Roma Pontifical, quedaba en entredicho. Inocencio III, como podemos apreciar, no sólo estaba escandalizado, sino que condenó abiertamente la acción de los cruzados y particularmente la de su legado, por lo cual, como ha señalado Gill, atribuir a este Papa el destino de la IV Cruzada es una injusticia para con su reputación.

Inocencio III fue un decidido protagonista de su época, un intelectual bien dotado y que había estudiado en los mejores centros universitarios de Europa, tanto teología como

derecho; un hombre que tenía claro el rol de la Santa Sede en los asuntos de la Cristiandad, involucrándose en más de un conflicto que lo llevó a la arena política, ya sea en Francia, Inglaterra, Alemania o España; un Papa para quien el universalismo cristiano era una realidad, como se desprende de sus preocupaciones por Noruega, Polonia o la lejana Prusia. Un símbolo, en fin, del pontificado triunfante. Con todo, y a pesar de su recia personalidad, lo que no deja de sorprender, resulta claro que el Papa fue sobrepasado por los hechos y que, desde un comienzo, la cruzada tomó un derrotero que él no había previsto, y sus líderes terminaron no sólo desobedeciéndolo sino que, aun, ignorándolo.

No obstante, es preciso señalar también que el Papa, una vez consumados la toma y saqueo de Constantinopla, «alabó al Señor que milagro tan grande se había dignado operar», puesto que, entre otros motivos, no se debe olvidar que la Cruzada contemplaba la existencia de una Iglesia Católica Universal, con centro en Roma. Si bien el pontífice romano no había esperado, querido ni deseado el desenlace que tuvo la Cruzada, terminó por aceptar humildemente los designios de la Providencia que, como decimos vulgarmente, escribe recto con líneas torcidas... En carta dirigida a los eclesiásticos de Constantinopla, y fechada el 13 de noviembre de 1204, Inocencio III señalaba que Dios «ha transferido el Imperio de Constantinopla del orgulloso al humilde, del desobediente al devoto, del cismático al católico, esto es, de los griegos a los latinos... la recta mano del Señor ha dado hechos de valor para exaltar la Santa Iglesia Romana, como haciendo regresar la hija a la madre, la parte al todo, y el miembro a la cabeza». Siendo justos, hay que reconocer que el Papa no podía obrar de otra manera, es decir, después de condenar a los cruzados, perdonarlos y aceptar los hechos consumados.

Como sea, la IV Cruzada aceleró irremediamente el proceso de desintegración del Imperio Bizantino. Al mismo tiempo, dado el traumatismo causado por el comportamiento de los cruzados y la frustración griega, nació un nuevo «patriotismo bizantino», marcado por el odio antilatino y los sueños de restauración del Imperio.

Durante el siglo XIII, y como efecto de la Cuarta Cruzada, el abismo que separaba a Oriente de Occidente –constituido a partir de problemas de índole eclesiástico y político, pero que responde, en el fondo, a profundas diferencias históricas y culturales– se ensanchará, haciéndose prácticamente insuperable. De hecho, el verdadero cisma de la Cristiandad, debe ser comprendido a partir de la Cuarta Cruzada. Desde una perspectiva más amplia deben considerarse las enormes diferencias históricas y culturales –más allá de los problemas eclesiásticos o dogmáticos– que ya se habían hecho manifiestas entre la Cristiandad Latina y la Griega, provocando roces y conflictos pero no rupturas de carácter permanente. El cisma de Focio en el siglo IX y el cisma de Miguel Cerulario casi dos centurias más tarde, marcan hitos de gran relevancia en el distanciamiento paulatino entre Roma y Constantinopla, pero en ningún caso llevaron al quiebre definitivo entre ambas cristiandades, como ha pretendido la historiografía, que siempre busca fechas emblemáticas para abrir o cerrar períodos históricos. En efecto, el verdadero *coup de grâce* a las relaciones entre Oriente y Occidente, llegaría junto con la Cuarta Cruzada.

Desde el siglo XIII Roma y Constantinopla representan dos mundos irreconciliables: el resentimiento de los bizantinos y la indiferencia de Occidente frente a la angustia del Imperio

amenazado por los turcos otomanos, harán infructuosos los intentos por unir ambas iglesias, cuestión que preocupó a todos los emperadores bizantinos entre los siglos XIII y XV.

### **Bibliografía**

- BALARD, M., *Croisades et Orient Latin*, Armand Colin, 2001, Paris.
- BARTLETT, W.B., *An Ungodly War. The Sack of Constantinople and the Fourth Crusade*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 2000.
- BRADFORD, E., *The Great Betrayal. Constantinople 1204*, Hodder and Stouthon, London, 1967.
- CANARD, M., «La Guerre Sainte dans le monde islamique et dans le monde chrétien», en: *Revue Africaine*, Alger, 1936, pp. 605-623, ahora en: CANARD, M., *Byzance et les musulmans du Proche Orient*, Variorum Reprints, London, 1973.
- DAGRON, G., «Byzance entre le djijâd et la croisade. Quelques remarques», en: *Le Concile de Clermont de 1095 et l'Appel à la Croisade*, Actes du Colloque Universitaire International de Clermont-Ferrand (1995), École Francaise de Rome, Roma, 1997.
- DE MUNDO LO, S., «La Cuarta Cruzada según el cronista Novgorodense», en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Buenos Aires, 1950.
- DE MUNDO LO, S., *Cruzados en Bizancio*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1957.
- DE MUSCHIETTI *et alt.*, «*Devastatio Constantinopolitana*. Introducción, traducción y notas», en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Vol. 15, 1970, Universidad de Bs. Aires.
- DIEHL, CH., *Byzantium: Greatness and Decline*, Trans. from the french by N. Walford, Rutgers University Press, New Brunswick-New Jersey, 1957.
- DIEHL, CH., *Figures Byzantines*, Armand Colin, 10<sup>ème</sup> Ed., París, 1948.
- DUPRONT, A., *Du sacré. Croisades et Pèlerinages. Images et Langages*, Gallimard, París, 1987.

- DUPRONT, A., *Le Mythe de Croisade*, Gallimard, París, 4 Vols. 1997.
- FLICHÉ-MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. IX: FOREVILLE, R., et al., *Las Cruzadas*, Edicep, Valencia, 1977.
- FLICHÉ-MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XIII: DE LA RUELLE, E., et al., *Espiritualidad y Política en la Edad Media*, Edicep, Valencia, 1977.
- FLORI, J., *La guerre sainte. La formation de l'idée de croisade dans l'Occident Chrétien*, Aubier Montaigne, París, 2001.
- FROLOW, A. *Recherches sur la Déviation de la IVe Croisade vers Constantinople*, PUF, París, 1955.
- GARCÍA-GUIGARRO, L., *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares, siglos XI-XIII*, Cátedra, Madrid, 1995.
- GARCÍA FITZ, F., *Edad Media, Guerra e Ideología. Justificaciones jurídicas y religiosas*, Sílex, Madrid, 2003.
- GILL, J., «Innocent III and the Greeks: Aggressor or Apostle?», en: *Relations between East and West in the Middle Ages*, ed. D. Baker, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1973, ahora en: *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*, Variorum Reprints, London, 1979.
- GILL, J., «Eleven emperors of Byzantium Seek Union with the Church of Rome», en: *Eastern Churches Review*, IX, 1977, ahora en: *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*, Variorum Reprints, London, 1979.
- GILL, J., «Franks, Venetians and Pope Innocent III», en: *Studi veneziani*, III, 1970, ahora en: *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*, Variorum Reprints, London, 1979.
- GODFREY, J., *1204. The Unholy Crusade*, Oxford University Press, Oxford, 1980.
- INNOCENTIUS III, *Regesta sive Epistolae*, en: MIGNE, *PL*, vol. CCXV.
- JACOBY, D., «The encounter of two societies: Western Conquerors and Byzantines in the Peloponnesus after the Fourth Crusade», en: *The American Historical Review*, 78, 1973, ahora en: *Recherches sur la Méditerranée Orientales du XIIIe au XVe siècle*, Variorum reprints, London, 1979.



- LAURENT, V., «L'idée de guerre sainte et la tradition byzantine», en: *Révue Historique du Sud-Este Européen*, 23, Bucarest, 1946.
- LEMERLE, P., «L'Orthodoxie byzantine et l'oecuménisme médiéval: les origines du «schisme» des Eglises», en: *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, Quatrième Série, 2, Paris, 1965, pp. 228-246, ahora en: LEMERLE, P., *Essais sur le monde byzantin*, Variorum Reprints, London, 1980.
- LEMERLE, P., «Saint Louis et Byzance», en: *Journal Asiatique*, CCLVII, Paris, 1970, ahora en: LEMERLE, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum, London, 1978.
- LEMERLE, P., «Byzance et la Croisade», en: *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, (Roma 4-11 settembre 1955), Vol. III, *Storia del Medioevo*, Florencia, 1955, pp. 13-24, ahora en: LEMERLE, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum, London, 1978.
- LILIE, R., *Byzantium and the Crusader States 1096-1204*, Transl by J. C. Morris and J. E. Ridings, Oxford U. Press, Oxford, 1998 (1981).
- MALLEROS, F., *El Imperio Bizantino 395-1204*, Ediciones del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, 2º Ed. Revisada, corregida y actualizada, Santiago de Chile, 1987 (1951).
- MCLIN, T., «Just war in Byzantine thought», en: *Michigan Academician*, 13, 1981.
- OIKONOMIDES, N., «Cinq actes inédits du patriarche Michel Autoreianos», en: *Revue des Etudes Byzantines*, 25 (*Mélanges Venance Grumel II*), Paris, 1967, ahora en: OIKONOMIDES, N., *Documents et études sur les institutions de Byzance (VIIIe-XVe s.)*, Variorum Reprints, London, 1976.
- OIKONOMIDES, N., «The concept of Holy War and two Tenth-century Byzantine Ivories», en: *Peace and War in Byzantium*, The Catholic University of America Press, Washington D.C. 1995.
- OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Trad. De J. Facci, Akal, Madrid, 1983.
- OSTROGORSKY, G., *History of the Byzantine State*, Trad. de J. Hussey, Rutgers U. Press, New Jersey, 1957.
- PATRI, S., «La relation russe de la quatrième croisade», en: *Byzantion*, LVIII, 1988, 1.
- PEARS, E., *The Fall of Constantinople*, Darf Publish. Ltd., London, 1987 (1885).

- QUELLER, E.D., «A Century of Controversy on the Fourth Crusade», en: *Studies in Medieval and Renaissance History*, VI, 1969, ahora en: *Medieval Diplomacy and the Fourth Crusade*, Variorum Reprints, London, 1980.
- QUELLER, E.D., «Innocent III and the Crusader Venetian Treaty of 1201», en: *Medievalia et Humanistica*, XV, 1963, ahora en: *Medieval Diplomacy and the Fourth Crusade*, Variorum Reprints, London, 1980,
- RICHARD, J., *Histoire des croisades*, Arthème Fayard, París, 1996.
- RUNCIMAN, S., *Historia de las Cruzadas*, Trad. de G. Bleiberg, Alianza, Madrid, 3 vols. 1994, (Cambridge, 1954).
- RUNCIMAN, S., *La Caída de Constantinopla*, Trad. De V. Peral D., Espasa-calpe, Madrid, 1973 (1965).
- SETTON, K.M., *A History of the Crusades*, The University of Wisconsin Press, 1969, Madison and Milwaukee, Vol. II: The Later Crusades: 1189-1311, Cap. IV: HUSSEY, J., «Byzantium and the Crusades, 1081-1204». Cap. V: McNEAL *et al*, «The Fourth Crusade».
- The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford U. Press, Oxford, 3 vols, 1991,
- TREADGOLD, W., *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford U. Press, Stanford, 1997.
- VACALÓPOULOS, A., *Historia de la Grecia Moderna*, Trad. de N. Nikolaidis y A. Zorbas, Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la U. de Chile, Santiago, 1995.
- VASILIEV, A., *History of the Byzantine Empire*, The University of Wisconsin Press, Madison and Milwaukee, vol. I, 1964.
- VILLEHARDOUIN, *La Conquête de Constantinople*, Ed. de E. Faral, Les Belles Lettres, 5<sup>ème</sup> Tirage, Les Belles Lettres, París, 2 vols. 1973.
- VISCUSO, «Christian Participation in Warfare. A Byzantine View», en: *Peace and War in Byzantium*, The Catholic University of America Press, Washington D.C. 1995.